

Fernando Chica ante la Jornada de Manos Unidas: «Nuestra indiferencia los condena al olvido»

Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA recuerda que el hambre agrede a más de 800 millones de personas en nuestro mundo



Con el lema **«Nuestra indiferencia los condena al olvido»**, Manos Unidas lanza su **63ª Campaña contra el Hambre**, con muy diversas acciones a lo largo del mes de febrero, entre ellas el ya tradicional Día del Ayuno Voluntario (el pasado viernes 11) y la Jornada Nacional de hoy. **Estas iniciativas tienen su cuna en la recia fe de las mujeres de Acción Católica Española, que decidieron con ellas dar una respuesta eficaz al hambre de paz, de cultura y de Dios que padecía y padece gran parte de la humanidad. La primera Campaña contra el Hambre se llevó a cabo en 1960, comenzando de esta forma un luminoso camino hasta llegar a la actual.**

Digamos, de entrada, que el hambre agrede la vida de más de 800 millones de personas en nuestro mundo, donde cada día mueren de desnutrición 18.000 niños de entre uno y cuatro años. Esto, que lo sabemos, también lo olvidamos a diario. «Nuestra indiferencia los condena al olvido» y, por lo mismo, podemos decir que nuestro recuerdo puede marcar una diferencia.

Realidades condenadas al olvido

Pensemos, por un momento, en Haití. ¿Quién recuerda el terremoto de 2010, que causó 300.000 muertos y dejó más de un millón de personas damnificadas? ¿O, más cerca aún, el terremoto de agosto de 2021, que provocó la destrucción de 136.800 edificios? Otras realidades que parecen condenadas al olvido son que la mayoría de la población no tiene acceso a agua potable y saneamiento; la precariedad de los servicios básicos de

salud; la presencia masiva de pandillas violentas, que han realizado 949 secuestros durante el año 2021; o la tasa de pobreza en el país, que afecta al 60% de la población.

Y algo parecido podemos decir si nos fijamos, por ejemplo, en Afganistán o en la República Centroafricana. Más allá de titulares, más o menos llamativos y casi siempre fugaces, el sufrimiento de los pobres queda cubierto por nuestra indiferencia y, así, por el olvido.

En contraste, vemos cómo, en la encíclica *Fratelli Tutti*, el papa Francisco recuerda la pregunta que Dios hace a Caín («¿dónde está tu hermano?»), indicando que así «Dios cuestiona todo tipo de determinismo o fatalismo que pretenda justificar la indiferencia como única respuesta posible» (FT 57). Después, se detiene en la parábola del Buen Samaritano y observa: **«No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad»** (FT 68).

Continúa el Obispo de Roma: «Luego la parábola nos hace poner la mirada claramente en los que pasan de largo. Esta peligrosa indiferencia de no detenerse, inocente o no, producto del desprecio o de una triste distracción, hace de los personajes del sacerdote y del levita un no menos triste reflejo de esa distancia cercenadora que se pone frente a la realidad. Hay muchas maneras de pasar de largo que se complementan: una es ensimismarse, desentenderse de los demás, ser indiferentes» (FT 73). **Lo que Manos Unidas denuncia es que nuestra indiferencia condena al olvido, a la pobreza y al hambre a millones de personas. «El individualismo indiferente y despiadado en el que hemos caído, ¿no es también resultado de la pereza para buscar los valores más altos, que vayan más allá de las necesidades circunstanciales?»** (FT 209).

El valor de la memoria

Frente a ello, debemos reivindicar el valor de la memoria. A finales de enero, al conmemorar el Día Internacional de la Memoria, el Santo Padre se encontró con Lidia Maksymowicz, superviviente de Auschwitz, y dijo: «Es necesario recordar el exterminio de millones de judíos y de personas de diferentes nacionalidades y confesiones religiosas. Esta indecible crueldad no debe repetirse jamás». Necesitamos «que no se olvide nunca para que podamos construir un futuro en el que la dignidad humana no vuelva a ser pisoteada». Y recordó: «La indiferencia no es admisible y el recuerdo es un deber».

También en la encíclica *Fratelli Tutti* encontramos unos preciosos y profundos párrafos a propósito de la memoria. «La Shoah no debe ser olvidada» (FT 247) como tampoco «deben olvidarse los

bombardeos atómicos a Hiroshima y Nagasaki» (FT 248). «Nunca se avanza sin memoria, no se evoluciona sin una memoria íntegra y luminosa. Necesitamos mantener viva la llama de la conciencia colectiva, testificando a las generaciones venideras el horror de lo que sucedió, que despierta y preserva de esta manera el recuerdo de las víctimas, para que la conciencia humana se fortalezca cada vez más contra todo deseo de dominación y destrucción. **Lo necesitan las mismas víctimas — personas, grupos sociales o naciones— para no ceder a la lógica que lleva a justificar las represalias y cualquier tipo de violencia en nombre del enorme mal que han sufrido.** Por esto, no me refiero solo a la memoria de los horrores, sino también al recuerdo de quienes, en medio de un contexto envenenado y corrupto, fueron capaces de recuperar la dignidad y con pequeños o grandes gestos optaron por la solidaridad, el perdón, la fraternidad. Es muy sano hacer memoria del bien» (FT 249).

Lo que vale para Auschwitz, Hiroshima o Nagasaki, vale también para Haití, Afganistán o República Centroafricana, para las víctimas del hambre hoy día. Para las que tenemos lejos o las que están a la puerta de casa, en nuestros barrios o plazas, donde también hay personas que, por variadas causas, quedan postergadas al tener sus despensas vacías, sus corazones desgarrados, herida su dignidad. Necesitamos hacer memoria de la tristeza, del sufrimiento, de la miseria y de la injusticia de aquellos hermanos nuestros sometidos a pruebas dolorosas y crueles. Y necesitamos hacer memoria de la solidaridad, del aguante, del ímpetu vital, del amor y del tesón de tantos otros hermanos nuestros que dan lo mejor de sí mismos para salir al encuentro de los menesterosos. Nuestra indiferencia condena al olvido a los desheredados de este mundo. Nuestro recuerdo y nuestra generosidad, en cambio, pueden marcar la diferencia, sacándolos del lúgubre pozo de la indigencia. No dejemos que se apague la fe ni se enfríe la caridad, para que a su calor se unan nuestras manos, de modo que entre todos construyamos un mundo mejor, más altruista y fraterno, sin dejar a nadie atrás.

Fernando Chica Arellano

Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA